

## DON DE LENGUAS Y TEOLOGÍA DEL TRABAJO EN LA PREDICACIÓN DEL FUNDADOR DEL OPUS DEI, SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

JOAQUÍN FERRER ARELLANO

Doctor en Teología. Madrid

Desde mi primer encuentro con el Fundador del Opus Dei en el verano de 1950 en Roma –comienzo de una ininterrumpida relación filial de 25 años hasta el final de su vida–, fui testigo asombrado de la facilidad con que brotaban espontáneamente de sus labios expresiones incisivas y sugerentes –que repetía una y otra vez, para que quedaran grabadas en el alma de sus hijos–, pletóricas de connotaciones teológicas y ascéticas, en el contexto de su predicación. Cuando más tarde hice los estudios de Teología, comprendí que aquella constante siembra doctrinal, que tanto me subyugaba –se perdía la noción del tiempo escuchándole–, y de cuya inspiración sobrenatural no podía dudar, era una de las manifestaciones de una gracia *gratis data* –que él llamaba *don de lenguas*–, íntimamente relacionada, a mi parecer, con la dimensión profética de su carisma fundacional del Opus Dei. Tal es el objeto de esta comunicación.

El Opus Dei nació en el seno de la Iglesia el 2 de octubre de 1928, «por inspiración divina»<sup>1</sup>, como instrumento de difusión –y realización– de *un mensaje preciso* (que todos están llamados a la santidad, y que las actividades de la vida ordinaria son camino –lugar y medio– de santificación). Ese mensaje lo recibió –con una iluminación de Dios– un joven sacerdote de 26 años (se había ordenado para estar disponible a que se realizara un designio divino que barruntaba desde 1918), que se sintió movido a transmitir –con un impulso del Espíritu que le urgía hasta el final de su vida–, como parte del plan salvífico de Dios a favor de los hombres.

Había recibido, pues, de Dios –me interesa subrayarlo– un carisma profético<sup>2</sup> inseparable –y fundante– del carisma fundacional de

1. JUAN PABLO II, *Bula «Ut sit» de erección del Opus Dei en Prelatura Personal*, 28-XI-1982, AAS (1984) Pars I, 423-425.

2. Así lo denomina Pedro Rodríguez, en «El Opus Dei como realidad eclesiológica», en RODRÍGUEZ, P., OCÁRIZ, F. e ILLANES, J.L., *El Opus Dei en la Iglesia: introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993, pp. 25 y ss. Distingue una doble

una institución al servicio de ese mensaje (la *vio* en sus rasgos esenciales, después de los *barruntos* de los años precedentes, desde 1918)<sup>3</sup>, que aparecía configurada desde sus orígenes como una *partecica de la Iglesia*, «para servirla –tenía empeño en repetir una y otra vez– como ella quiere ser servida». Este servicio que Dios mismo había encomendado al Opus Dei, no es otro que difundir por todo el mundo –en comunión orgánica de laicos y sacerdotes– la llamada universal a la santidad, enseñando a innumerables personas a buscarla en y a través del trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias en medio del mundo.

### *Don de lenguas y carisma fundacional*

He llegado al convencimiento de que el secreto del acierto de aquellas felices fórmulas sintéticas del espíritu que Dios le había dado –cuyo profundo sentido teológico nos proponemos estudiar aquí–, no era –al menos primariamente, pues es innegable su influjo– el talento literario con que Dios le había dotado, que cultivó asiduamente hasta el final de su vida (que ha comenzado a ser estudiado por autores como José Miguel Ibáñez Langlois). Su fuente originaria fundamental era, más bien –me parece evidente en la larga perspectiva de más de cincuenta años de recuerdos y de reflexión teológica sobre su impacto en mi alma–, aquella gracia *gratis data*, que él llamaba *don de lenguas*, cuya naturaleza intentamos precisar aquí, en una primera aproximación, que es, a mi parecer inseparable de la dimensión profética, subyacente –y fundante–, del carisma fundacional de la institución que por voluntad divina debía promover en el seno de la Iglesia.

«Encomiendo de todo corazón, a diario, que el Señor nos conceda el don de lenguas. Un don de lenguas, que no consiste en el conocimiento de varios idiomas, sino en saber adaptarse a la capacidad de los oyentes. –No se trata de «hablar en necio al vulgo, para que entienda»: sino de hablar en sabio, en cristiano, pero de modo asequible a todos. –Este don de lenguas es el que pido al Señor y a su Madre bendita para sus hijos»<sup>4</sup>.

Eran muchas las manifestaciones de ese *don de lenguas*. Su preocupación por hacerse entender con la expresión verbal adecuada que trans-

dimensión –profética e institucional (la primera fundante de la segunda)– en el acontecimiento sobrenatural del 2 de octubre de 1928, que califica de «don carismático» (Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 4) en servicio de la Iglesia.

3. Cfr. ILLANES, J.L., «Datos para la comprensión histórico-espiritual de una fecha», *Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer*, IV (2002), pp. 105-147.

4. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, Rialp, Madrid, n. 634.

mitiese fielmente las luces que había recibido adaptándose a la mentalidad de sus interlocutores, especialmente en algunos ambientes, en los que debió superar el escollo de una precomprensión inadecuada —odres viejos para un vino nuevo (viejo como el evangelio, solía repetir una y otra vez, y como el evangelio siempre nuevo)—; su flexibilidad para cambiar de terminología —*los modos de decir*, le oíamos repetir—, cuando las circunstancias cambiantes de orden cultural o social así lo aconsejaban; o el acierto en el uso de expresiones audaces y sugerentes; el feliz hallazgo de ejemplos gráficos para grabar la doctrina, en un constante recurso al lenguaje simbólico (brasa encendida, colirio, clavo en la pared, hacerse alfombra, juglar de Dios, palos pintados de rojo, el rey Midas, *soltar el sapo*, quemar las naves, siete cerrojos en el corazón, abrirse en abanico, talla del diamante<sup>5</sup>, etcétera), eran otras tantas manifestaciones de ese *don de lenguas* que tanto le pedía, y que Dios le concedió desde los orígenes del Opus Dei.

No entendía con esta denominación, *don de lenguas* —es evidente— el carisma extraordinario de la *glosolalia* (hablar en lenguas), tan difundido en el cristianismo primitivo; ni tampoco las frecuentes *locuciones de palabras substanciales* (que él llamaba *gracias operativas*, algunas de las cuales citamos aquí) —aunque las incluye como focos de luz orientadora en su misión fundacional, que no concluiría hasta su muerte—; sino más bien, a mi parecer —al menos de modo primordial—, la llamada por santo Tomás *gratia sermonis*: «no hablar en necio al vulgo», solía decir, sino en sabio, «pero con explicaderas»: de modo a todos comprensible, atractivo y estimulante («la tremenda palabra sobrenatural que conmueve», le oíamos decir). A veces se manifestaba de modo sorprendente.

«Entre las gracias que Dios concedía a los primeros —escribe A. Vázquez de Prada—, estaba la de que —sin necesidad de milagro— entendieran al Padre quienes le escuchaban hablar en castellano sin conocer esta lengua. Don paralelo al recibido por el Padre para comprender a la gente. Lo que refiere Mons. Luigi Tirelli de los primeros tiempos del *Pensionato* se puede decir de otras personas y de otras épocas de la vida del Fundador:

“He escuchado al Padre en 1948 y 1949, cuando todavía no conocía el castellano, que he aprendido más tarde, y me pasmaba el que llegase a comprender lo que decía en su lengua. Este fenómeno —del que me he dado cuenta después de cierto tiempo— puede explicarse por su gran capacidad comunicativa: podría decirse que hablaba con toda su persona. Aquello era como un juego de Dios, un auténtico *don de lenguas*, porque

5. Cfr. en el índice de JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios, Surco, y Forja* (Rialp, Madrid), el apartado de «Ejemplos gráficos».

a pesar de ignorar el sentido de las palabras, no por eso dejaba de entender todo su discurso.

Podía hacerse la prueba con otras personas, pero a éstas no llegaba a entenderlas del mismo modo. El Señor, probablemente, le había concedido, además de una gran capacidad mental, el don de hacerse comprender a causa del bien que producía en las almas”<sup>6</sup>.

Pero el don de lenguas del que fue beneficiado de modo habitual a lo largo de su vida, al servicio de su misión eclesial, es, a mi parecer, el que describe santo Tomás como *gratia sermonis*.

El Doctor Angélico inmediatamente después de las cuestiones sobre el carisma de profecía y del «don de lenguas» –en el sentido paulino convencional (la glosolalia, hablar o ser entendido en otras lenguas desconocidas por el que habla o el que escucha)– trata de la «*gratia gratis data*» que «*consistit in sermone*»<sup>7</sup> concomitante e inseparable del carisma profético. Lo mismo que la profecía –escribe– «la *gratia sermonis* la da Dios para utilidad de los demás, ya que el conocimiento que alguien recibe de Dios, no podría convertirse en utilidad de los demás sino mediante la locución. Y porque el Espíritu Santo no falla en lo que pertenece a la utilidad de la Iglesia, otorga a miembros de la Iglesia el don de la locución». Y lo otorga, sigue explicando santo Tomás, «de tres maneras: para instruir el intelecto mediante la enseñanza; para mover el afecto mediante la deleitación; para suscitar el cumplimiento de lo que se escucha mediante la conversión. Para realizar esto, el Espíritu Santo usa (*utitur*) la lengua de los hombres como cierto instrumento; pero Él es el que lleva acabo la operación interiormente». Los términos *sermo* y *lingua* –añade santo Tomás– pueden incluir también *escritura* y *pluma de escriba*, ya que, a pesar de las evidentes diferencias entre el discurso hablado y el escrito, tienen en común ser medios de comunicación entre los hombres. La gracia *gratis data* de locución es, pues, una suerte de asistencia del Espíritu Santo que guía o ilumina el discurso hablado o escrito, y es, a su vez, inseparable –según el Doctor Común– del Carisma profético. La luz profética no sólo influye en el *verbum mentis*, sino también en el *verbum oris* y el *verbum scriptum*.

Es ilustrativa, en este contexto –valga como analogía preferentemente legítima (como hace santo Tomás en la *Summa theologia*), la creciente puesta en valor de la inspiración verbal escriturística. (Aunque la inspiración del hagiógrafo sea un carisma distinto del profético, se da

6. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, tomo III: *Los caminos divinos de la tierra*, Rialp, Madrid 2003, pp. 142-3.

7. TOMÁS DE AQUINO, SANTO, *Summa theologia*, II-II, q. 177.

entre ambos una analogía: la inspiración bíblica es «algo imperfecto en el género de la profecía», enseña santo Tomás, y participa de su naturaleza<sup>8</sup>). El P. Benoit recorre críticamente la historia de las discusiones modernas sobre la inspiración bíblica a partir de Franzelin, a quien todos reprochan justamente una distinción tan simplista —que se encontraba ya en Lessius dos siglos antes—, entre *la idea* y *las palabras*: en virtud de la inspiración, «Dios pondría las ideas, el pensamiento», «el escritor sagrado pondría las palabras, el estilo». Esta teoría, ya prácticamente abandonada, desconoce la unidad estructural entre pensamiento, *forma mentis*, y lenguaje<sup>9</sup>, en todo el largo y complejo proceso que conduce a la formulación verbal, en el curso del cual los juicios especulativos y prácticos que se entrecruzan con peso y matices diversos, deben ponerse bajo el influjo del carisma divino (como había ya enseñado Báñez, que tanto defendió la inspiración verbal, recogiendo la tradición patristica más genuina. Ahora no precisa defensa, y mucho menos —*a fortiori*— la inseparabilidad de la luz profética y su expresión lingüística)<sup>10</sup>. La inspiración, según Alonso Shökel, no afecta sólo a la intuición originaria de la verdad a transmitir, sino también al impulso o necesidad interior de ponerla por escrito, y a todo el proceso de realización o ejecución literaria puesta en marcha por ese impulso interno. Todo este proceso de formulación literaria es un momento creativo que debemos considerar como desarrollado bajo la acción del Espíritu. *A fortiori*, lo mismo debe decirse del carisma profético que es originariamente de predicación verbal.

La «*gratia gratis data quae consistit in sermone*» era considerada —decíamos— por santo Tomás indisociable del carisma profético, sea o no bíblico, a cuyo servicio se otorga para la adecuada transmisión —de modo eficaz— del conocimiento que se recibe de Dios con luz profética (*profecía* en el sentido carismático del término: cfr. la enumeración de carismas de 1 Cor 12, 4-11). Todos somos sacerdotes, *profetas* y reyes, en tanto que «mediadores en Cristo Jesús», cada uno según la misión eclesial recibida en el bautismo, aunque no todos reciben el carisma de profecía como los portadores o *heraldos* de un mensaje divino para el bien de la Iglesia. La referencia a la versión bíblica del carisma profético, que es de predicación verbal, no escrita, puede hacerse, pues, a título de analogía meramente ilustrativa, siguiendo la recomendación del

8. *Ibíd.*, q. 171, a. 5.

9. Sobre este tema he escrito en «Aptitud del pensamiento y del lenguaje humanos para el *intellectus fidei*, según la *Fides et ratio*», *Scripta Theologica* XXXIV-2 (2002), pp. 623-643.

10. Cfr. BENOIT, P., «Inspirazione e Revelazione», *Concilium* 4 (1965), pp. 15-33; ALONSO SHÖKEL, L., *La Palabra inspirada. La Biblia a la luz de la ciencia del lenguaje*, Madrid 1986, pp. 158 ss.

Concilio Vaticano I (*analogía fidei*), para el trabajo teológico, que permite lograr «*quamdam intelligentiam mysteriorum supernaturalium*»<sup>11</sup>.

En cuanto a la analogía con la inspiración bíblica, se aduce aquí *a fortiori*, en cuanto participa de su naturaleza (la inspiración verbal que le compete afecta menos al lenguaje con el que se expresa, que no es mediante palabra *hablada*, sino *escrita*, con frecuencia a través de un largo proceso redaccional, que siempre supone la palabra profética<sup>12</sup>.

Habría que añadir, al lenguaje conceptual articulado en juicios y raciocinios, por extensión, el lenguaje simbólico, presente de modo especial en el lenguaje religioso, referido al misterio inefable de Dios, que no se deja apresar por unos conceptos humanos del lenguaje discursivo.

La expresión simbólica es un modo auténtico del que se sirve el hombre para expresar verdades que trascienden la capacidad de la razón, connatural al hombre, *animal symbolicum* o *mythicum* (H.G. Gadamer). No debe considerarse este conocimiento simbólico-mítico como de inferior rango con respecto al *logos* nocional, sino como distinto y complementario<sup>13</sup>.

Este *logos* simbólico ha parecido frecuentemente arbitrario y fantástico al racionalismo moderno frente al rigor del razonamiento deductivo. Pero la fenomenología de las religiones le ha devuelto su valor gnoseológico. El lenguaje metafórico del símbolo sugiere con más hondura los aspectos místéricos de lo real que el *logos* conceptual articulado. Por eso usa tan ampliamente la Palabra revelada imágenes que sugieren el misterio del Reino de Dios –ajenas al mito, que es incompatible con la historia lineal de la Salvación, del Génesis al Apocalipsis– instaurado en la alianza salvífica que culmina en Cristo, preparado por Israel y realizado en la Iglesia progresivamente hasta su consumación escatológica.

Nada tiene que ver con el eterno retorno circular del *tiempo mítico* de las religiones cósmicas. La desmitologización bultmaniana es una deshistorificación radical que desvirtúa totalmente el cristianismo, que

11. CONCILIO VATICANO I, Denz. 1796.

12. Ambas analogías no afectan para nada el contenido central del trabajo. Las introduce –concluida su redacción– por su evidente valor ilustrativo –según el método teológico recomendado por el Magisterio de la *analogía fidei*–, especialmente para quien conoce los actuales estudios –muy numerosos– de los escrituristas sobre el tema, que han abandonado la absurda separación entre contenido y forma verbal (que era corriente en tiempos de Báñez, que se opuso a ella con toda razón). Los actuales avances de la lingüística y de la epistemología teológica han hecho imposible la defensa (Franzelin fue el último que la sostuvo) de tan erradas tesis, ajena a la patristica.

13. La creación de mitos –tan frecuente en las religiones cósmicas– es un modo perenne y típicamente humano de establecer puentes con la realidad del mundo empírico y condicionado que se une o vincula, a través del símbolo mítico –mediante símbolos personalizados de fuerzas cósmicas en un *tiempo mítico* de carácter ahistórico–, con una instancia incondicionada.

queda reducido a una ideología existencialista heideggeriana (en el propio Bultman), cuando no marxista, como es patente en no pocos seguidores de la teología mal llamada de la liberación, felizmente declinante<sup>14</sup>.

«El lenguaje religioso de la Biblia, con frecuencia, es un lenguaje simbólico –especialmente en S. Juan y en los profetas canónicos– que “da que pensar” (P. Ricoeur), un lenguaje del cual no se termina de descubrir las riquezas de sentido, un lenguaje que procura alcanzar una realidad trascendente y que al mismo tiempo, despierta a la persona humana a la dimensión profunda de su ser»<sup>15</sup>.

El Fundador del Opus Dei –que lo usaba con maestría excepcional en su catequesis–, lo consideraba una manifestación, también, del *don de lenguas* que pedía insistentemente al Señor para sí y para sus hijos. «Insisto: ruego al Señor que nos conceda a sus hijos el “don de lenguas”, el de hacernos entender por todos. La razón por la que deseo este “don de lenguas” la puedes deducir de las páginas del Evangelio, abundantes en parábolas, en ejemplos que materializan la doctrina e ilustran lo espiritual, sin envilecer la palabra de Dios»<sup>16</sup>.

Encontramos también en él la recepción de luces fundacionales por mediación de símbolos. El sello de la Obra, la cruz en la entraña del mundo, que «vio» al celebrar la Santa Misa<sup>17</sup> el 14 de febrero de 1943, sugiere simbólicamente –así lo entendía san Josemaría, a mi parecer– la fisonomía espiritual de quienes reciben la vocación al Opus Dei. Su fundamento es el sentido de la filiación divina, y el quicio sobre el que gira, la santificación del trabajo profesional. Simboliza, pues, las dos características esenciales de la llamada.

14. Cfr. GADAMER, H.G., «Mito y logos», *Fe cristiana y sociedad moderna* 2 (1984), p. 14; MORALES, J., «Mito y misterio», *Scripta Theologica* XXVIII (1996), pp. 77-95; FERRER ARELLANO, J., *Filosofía de la religión*, Palabra, Madrid 2001, pp. 30, 229 y 241, y *El misterio de los orígenes*, EUNSA, Pamplona 2001, parte I.

15. Cfr. PONTICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 1993, II A2.

16. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, cit., n. 895

17. Al día siguiente, el 15 de febrero, comunicó el suceso al que iba a ser su sucesor, D. Álvaro, en El Escorial, donde se encontraba con D. Jose María y D. Jose Luis, los tres primeros sacerdotes, preparando exámenes de Teología. «Recuerdo que me enseñó su agenda, en la que había escrito, inmediatamente después de la Santa Misa: *En la casa de las chicas, en la Sta. Misa: “Societas Sacerdotalis Sanctae Crucis”*, y debajo el sello de la Obra, que después había dibujado también en el papel que le entregaron sus hijas: la Cruz en las entrañas del Mundo. Escribió algunos años más tarde: “*pensad en mi alegría al contemplar la solución para que mis hijos sacerdotes, cuya necesidad tanto se hacía sentir, pudieran dedicarse de lleno a los apostolados de la Obra*”». (Citado en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, tomo II: *Dios y audacia*, cit., p. 43).

Tenemos aquí un claro ejemplo de expresión simbólica, tan frecuente –de manera paradigmática– en la Sagrada Escritura, especialmente en los profetas –bíblicos y extrabíblicos– y en la experiencia espiritual de tantos cristianos –en este caso, por mediación de una *imagen* infusa durante la celebración del Sacrificio eucarístico (muy significativamente, como veremos enseguida). A veces le venía sugerida en *sueños*<sup>18</sup> –«soñaba una vez un conocido mío (le oímos decir): nunca le acabo de conocer»– en los que el Señor le daba a entender su simbolismo parrenético. También *en vigilia* le ocurría, en ocasiones, un parecido fenómeno: el Señor le sugería una enseñanza espiritual en el lenguaje simbólico de sucesos aparentemente pequeños y ordinarios. Nos está hablando –solía repetir– en mil pequeños detalles de cada día.

«Oí hablar a unos desconocidos de sus aparatos de radio. Casi sin darme cuenta, llevé el asunto al terreno espiritual: tenemos mucha toma de tierra, demasiada, y hemos olvidado la antena de la vida interior... –Ésta es la causa de que sean tan pocas las almas que mantienen trato con Dios: ojalá nunca nos falte la antena de lo sobrenatural»<sup>19</sup>.

*Calificar la recepción del «mensaje» recibido por san Josemaría «por inspiración divina»<sup>20</sup> –inseparable (y fundante) de la misión fundacional del Opus Dei<sup>21</sup>– de carisma profético (una de cuyas dimensiones es –a mi parecer– la *gratia sermonis*) es absolutamente obvio, a mi juicio, a la luz de la teología de santo Tomás de Aquino –actualizada por el Concilio Vaticano II– sobre los carismas. Según el Doctor Común, la profecía y la *gratia locutionis* (que le es siempre concomitante), son específicamente –pero no genéricamente– distintas al profetismo y a la inspiración bíblica. Sólo a estos últimos les compete la inerrancia y canonicidad que fundan la fe y la vida de la Iglesia. Negar esa diferencia específica de orden cualitativo sería herético (nada más lejos de mi intención). Pero tienen rasgos genéricos comunes que estudia santo Tomás en su tratado de la profecía al que pertenecen los textos que hemos citado antes. Esta *similitudo dissimilis* invita a una ilustración según el método de la *analogía fidei*, que proponemos aquí como hipótesis y sugerencia para ulteriores estudios sobre este tema de teología espiritual, apenas tratado en relación con la predicación y los escritos de san Josemaría, que espero se realicen algún día.*

18. Medio de comunicación sobrenatural, frecuente en la Escritura y en la hagiografía (especialmente en san Juan Bosco, como es sabido).

19. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, cit., n. 510.

20. Cfr. Bula *Ut sit*. El Papa en la homilía de la canonización le calificó de *heraldo*.

21. Véase el citado estudio de Pedro Rodríguez, «El Opus Dei como realidad eclesiológica», pp. 25 y ss.

*Una manifestación del don de lenguas: las fórmulas-síntesis de la espiritualidad del trabajo*

El objeto de la segunda parte de nuestra reflexión teológica en esta comunicación, se ciñe al estudio de una serie de fórmulas-síntesis íntimamente relacionadas entre sí –en sapiencial armonía, clara manifestación de su don de lenguas– sumamente felices y en ocasiones audaces, que compendian gráficamente, con gran fuerza expresiva, aspectos esenciales del mensaje divino que había recibido –con luz profética– el Fundador del Opus Dei –llamada universal a la santidad, enseñando a buscar a Dios en el trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias en medio del mundo–, con la sobrenatural e imperiosa urgencia de transmitirlo, de manera incisiva y eficaz, con su vida y su predicación hablada y escrita.

Como muestra, he aquí un breve elenco de algunas de esas frases-síntesis que tantas veces he oído de sus labios «con un repetido martilleo»:

«Santificar el trabajo, santificarse con el trabajo y santificar a los demás con el trabajo»<sup>22</sup>.

«Os he repetido, con un repetido martilleo, que el milagro que el Señor nos pide, es hacer de la prosa de cada día, endecasílabos, verso heroico»<sup>23</sup>.

«Ninguno de nosotros somos un verso suelto, sino que formamos parte de un poema épico, divino»<sup>24</sup>.

«Para servir, servir»<sup>25</sup>.

Especial expresividad y virtualidad sintética del espíritu que Dios le había dado para transmitir a sus hijos, tiene este texto, que expresa en lenguaje articulado (*logos* notional) el sentido del simbolismo teológico del sello del Opus Dei –del que tratábamos en el epígrafe anterior–, que había *visto* al celebrar la Misa el 24 de noviembre de 1943, que compendia los rasgos esenciales de la fisonomía espiritual del Opus Dei: «... significa el mundo, y metido en la entraña del mundo la Cruz»<sup>26</sup>.

22. Cfr. entre otros muchos lugares, JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 43.

23. Cfr. ÍD., *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, n. 116. Nótese la cadencia repetitiva del comienzo, que sugiere el toque del Espíritu en el corazón, «*he aquí que estoy a la puerta y llamo*» (Apc 3, 20). Recuerda el genial hallazgo poético de san Juan de la Cruz: «con un no se qué que queda balbuciendo».

24. Cfr. por ejemplo, JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 111.

25. *Ibíd.*, n. 50.

26. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, tomo II: *Dios y audacia*, cit., p. 43.

«Quiero que todos mis hijos, sacerdotes y seglares –escribió– grabéis firmemente en vuestra cabeza y en vuestro corazón algo que no puede considerarse en modo alguno como cosa solamente externa, sino que es, por el contrario, el quicio y el fundamento de nuestra vocación divina. En todo y siempre hemos de tener –tanto los sacerdotes como los seglares– alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical»<sup>27</sup>.

En efecto, estos dos rasgos aparecen de modo simbólico inseparablemente unidos en el *sello* que el Señor le hizo ver el 14 de febrero de 1943, como la Cruz en las entrañas del mundo. La Cruz simboliza la llamada a la identificación con Cristo para corredimir con Él: por tanto, que el alma de un hijo de Dios, sacerdote o laico, ha de ser un *alma sacerdotal* en íntima unión con el Sacrificio del Calvario en el Santo Sacrificio de la Misa como mediador en Cristo Jesús. Y el mundo, en cuya entraña penetra la luz y la fuerza salvífica de la Cruz, es el lugar de esa identificación: la vida profesional, familiar y social, que todos, laicos y sacerdotes conjuntamente, están llamados a santificar, a través del ejercicio mismo de las actividades temporales o del sacerdocio ministerial, sin confundir lo humano y lo divino, pero sin separarlos, como no hay en Cristo confusión ni separación, sino íntima unión, entre su naturaleza humana y la divina (con *mentalidad laical*)<sup>28</sup>.

Otra fórmula-síntesis, que compendia e implica este sintagma *alma sacerdotal* –y otras expresiones de la misma estructura, que estudiamos más adelante– era la reiterada invitación a sus hijos a ser *almas de Eucaristía*. Ser *alma de Eucaristía* significaba para él, en el contexto de su predicación, la progresiva identificación con Cristo presente en la Hostia Santa, como fuente y raíz de santidad y de apostolado, que se obra en el cristiano que se abre plenamente, por la fe, a la irradiación salvífica de la Eucaristía. El Espíritu santificador se derrama, como fruto de la Cruz, desde su presencialización sacramental eucarística en el alma del cristiano dócil a sus mociones, haciendo de él «el mismo Cristo que pasa»; de modo tal que pueda «testimoniar y transparentar así Cristo ante los demás»<sup>29</sup> en la vida ordinaria: «¡Sé

27. Carta del 2-II-1945, n. 1; cit. por VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, tomo II: *Dios y audacia*, cit., p. 672. Pueden verse otros muchos textos parecidos, en OTERO, M.M., «El alma sacerdotal del cristiano», en VV.AA., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei* (2.ª ed.), EUNSA, Pamplona 1985, pp. 293-320.

28. Cfr. OTERO, M.M., «El alma sacerdotal del cristiano», cit., pp. 293-320.

29. Pedro Rodríguez escribe: «Ser alma de Eucaristía –expresión muy suya–, era para él una manera de intimidad e identificación con Cristo, que testimonia y transparenta a Cristo para los demás». La pone en relación con la dimensión eucarística del cristiano llamado a ser *ipse Christus*, según el sentido pleno de Juan 12, 32, que le hizo ver el Señor. (RODRÍGUEZ, P., «“Omnia traham ad Meipsum”. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer», en *Romana*, Estudios 1985-1996, p. 272).

alma de Eucaristía! Si el centro de tus pensamientos y esperanzas está en el Sagrario, ¡qué abundantes los frutos de santidad y de apostolado!»<sup>30</sup>.

En el cristiano, según el Fundador del Opus Dei, los hombres tienen que poder reconocer a Cristo. Por eso decía que los cristianos deben ser *viriles*, en el sentido del ostensorio que muestra a Cristo: «Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser “almas de Eucaristía”, que nuestro trato personal con Él se expresa en la alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las Actividades humanas. Se cumplirá la promesa de Jesús: Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí (Jn 12, 32)»<sup>31</sup>.

«Cuando un día, en la quietud de una iglesia madrileña, yo me sentía ¡nada! –no poca cosa, poca cosa hubiera sido aún algo–, pensaba: ¿Tú quieres, Señor, que haga toda esta maravilla? (...) Y allá, en el fondo del alma, entendí con un sentido nuevo, pleno, aquellas palabras de la Escritura: “*et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*” (Jn 12, 32). Lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces; “*omnia traham ad meipsum!*” ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»<sup>32</sup>.

En una homilía del día del Corpus Christi toma ocasión de la salida procesional de Cristo sacramentado a las calles (del prisionero del Sagrario<sup>33</sup>) para invitar a los cristianos, a ser *almas de Eucaristía*, en las que habita Cristo por la fe viva como en un Sagrario viviente (cfr. Ef 3, 17) a ser portadores de Cristo, *viriles*, «ostensorios vivientes», itinerantes que recorren todos los caminos de la tierra codo a codo con sus conciudadanos. Es la procesión «de todos los días», que ha de ser el paso del cristiano (coherente con su fe) en las actividades de la vida ordinaria. El cristiano, en sus actividades seculares santificadas, «es Cristo que pasa»; y, por eso, desprende el *bonus odor Christi*, para ser sal y luz en medio del mundo.

30. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, cit., n. 835.

31. Cfr. ÍD., *Es Cristo que pasa*, cit., n. 136.

32. ÍD., *Meditación*, 28.IV.1963, cit. en RODRÍGUEZ, P., «“*Omnia traham ad Meipsum*”. El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer», p. 261. Al alzar la Sagrada forma el día de la Transfiguración *intra Misam* (7-VIII-1931), comprendió Juan 12, 32 y vio el triunfo de Cristo. «Podríamos decir que toda su doctrina sobre la *Eucaristía como centrum ac radix* de la evangelización y de la vida espiritual es la manera sacramental de expresar la centralidad del misterio de la Cruz revelado en Juan 12, 32» (ibíd., p. 272).

33. Cfr. ÍD., *Forja*, cit., n. 824.

La vida secular transfigurada por la Cruz es gloriosa, fascinante, está atravesada de la alegría de Dios: «Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y, la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios»<sup>34</sup>.

*Armonía sapiencial de las expresiones relacionales con sujeto «alma»*

Para profundizar más en la significación de esos sintagmas: *alma de Eucaristía* y *alma sacerdotal* –íntimamente relacionadas entre sí, como acabamos de ver– me ha parecido conveniente conocer las diversas significaciones –comunes en diversas lenguas y culturas– del sujeto –*alma*– común a ambas, a fin de relacionarlas mejor con otras expresiones análogas en el lenguaje del Fundador del Opus Dei, referidas al mismo término –*alma*–, porque se implican de alguna manera y se iluminan mutuamente. (Como es sabido, es creciente el interés entre los exegetas por los métodos de análisis literario –retórico, narrativo y semiótico–, para descubrir virtualidades latentes en la hermenéutica de los textos inspirados)<sup>35</sup>.

El *Diccionario de la lengua española* describe varios sentidos de la palabra *alma*. Todos ellos están relacionados entre sí, si advertimos –como resultado de su análisis comparativo en el uso lingüístico– que es un término *análogo* que se atribuye a realidades diversas, por su relación de semejanza, pertenencia o causalidad con su significación originaria. Todos ellos los podemos encontrar en los escritos, y en la predicación de san Josemaría, comenzando por el analogado principal de la palabra *alma*. (Los citamos en cursiva, en cada uno de los analogados de la misma.) Veámoslo.

A.– *Alma* designa, originariamente –tal es el *analogatum princeps* del término– «el principio que da forma y organiza el dinamismo vegetativo, sensitivo e intelectual de la vida del hombre»<sup>36</sup> (a). A veces se atribuye también el término *alma* al hombre en su totalidad personal,

34. ÍD., *Meditación*, 28.IV.1963, cit. en RODRÍGUEZ, P., «Omnia traham ad Meipsum». El sentido de Juan 12, 32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer», cit., p. 271.

35. Cfr. PONTICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 1993, I B. «*Per philologiam ad teologiam*» (suele repetir a manera de *mot d'ordre* el conocido exégeta I. de la Potterie).

36. El *Diccionario* precisa que en algunas religiones y culturas es: «sustancia espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa al cuerpo humano y con él constituye la esencia del hombre».

cuando se designa por su parte más formal y más significativa (como ocurre cuando se habla del número de «almas» o habitantes de una región) (b).

«Qué respeto, qué veneración, qué cariño hemos de sentir por una sola alma, ante la realidad de que Dios la ama como algo suyo»<sup>37</sup>. «Todas son almas de primerísima; ninguna de tercera categoría, en la intención de Dios Creador»<sup>38</sup>. Cada alma es un tesoro maravilloso. Vale toda la Sangre de Cristo (a)<sup>39</sup>.

Habla indistintamente de *alma* de oración<sup>40</sup>, o *alma* de apóstol<sup>41</sup>, y de *hombre* de oración, sacrificio y apostolado, como características del *hombre de Dios* (a) y (b)<sup>42</sup>. Lo mismo ocurre con el sintagma *alma de criterio* (a), que encontramos una sola vez en sus escritos<sup>43</sup> —en su predicación era frecuente—. Vuelve a aparecer, con el mismo sentido, con la expresión equivalente *hombre de criterio* (b), definido como hombre que se deja poseer por la Sabiduría divina, «sin miedo a agotar la verdad»<sup>44</sup>.

B.— El *Diccionario* añade las expresiones relacionales del analogado principal, tales como las compuestas de alma con genitivo, *alma de Dios*, *alma de cántaro*, *alma de Caín* (a), o con calificativos, *alma atra-vesada* (b).

A ellas pertenecen el enunciado de nuestro estudio: *alma de Eucaristía*, y las otras —tales como *alma sacerdotal*, *alma de oración* (y sacrificio), *alma contemplativa*, *alma de criterio*, *alma infantil*<sup>45</sup>, *alma de após-*

37. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, cit., n. 34.

38. *Ibíd.*, n. 893.

39. La filosofía personalista actual subraya que el hombre es (con los espíritus angélicos) la única criatura llamada por su nombre y querida por sí misma, cada una como única. Dios —se ha dicho— rompe el molde una vez modelada por el Creador «con sus dos manos»: el Verbo y el Espíritu (san Ireneo) (cfr. *CEC*, n. 704). «Dios sólo sabe contar hasta uno», con palabras de Chesterton. Esta idea se recoge también en CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, 24.

40. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, cit., n. 27.

41. *Ibíd.*, nn. 831 y 930.

42. «Es preciso que seas “hombre de Dios”, hombre de vida interior, hombre de oración y sacrificio, tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida para adentro». *Ibíd.*, n. 96.

43. En el Prólogo de *ibíd.* (cfr. comentario al mismo en la monumental y excelente edición crítica de P. RODRÍGUEZ: JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, en *Obras Completas I/1*, Edición crítico-histórica preparada por Pedro Rodríguez, Rialp, Madrid, 2002).

44. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Camino*, cit., n. 33.

45. Aparece una sola vez en *ÍD.*, *Forja*, cit., n. 43, donde expresa un deseo de ofrecer a Dios —ya desde ahora— «un sacrificio grato a Dios, como el de Abel, “lo mejor del rebaño”, de corazones jóvenes que sólo tengan un amor: Tú, Dios mío; de inteligencias trabajadas por el estudio profundo, que se rendirán ante tu sabiduría; de *almas infantiles*, que no pensarán más

*tol*, que encontramos en sus escritos (en ella fundadas e implicadas, como veremos).

(a) El genitivo designa una pertenencia o posesión respecto al sustantivo (alma). La posee determinándola con alguna cualidad. Pero el alma –la persona humana que ella vivifica– sólo pertenece totalmente, en una constitutiva relación de dependencia a Dios, su Creador y Salvador (Alma de Dios); sólo a Él debe entregarse de modo total, a través de las mediaciones creaturales necesarias para alcanzarlo (como lo es la Eucaristía o la Iglesia) (1).

«Jesús, soy tuyo, y me entrego a Ti, y me clavo en la Cruz gustosamente, siendo en las encrucijadas del mundo un alma entregada a Ti, a tu gloria, a la Redención, a la corredención de la humanidad entera»<sup>46</sup>.

Puede un alma, sin embargo, pertenecer a tal o cual país, comunidad –o a tal o cual tipología de la condición humana en sentido propio (*alma de esclavo*); o metafórico (*alma de león*, *alma de cántaro*)–, pero su influjo no le hace depender de ellos de modo absoluto («*non secundum se totum et secundum tota sua*»). Por eso el genitivo, en estos casos, me cualifica o determina en virtud de mi pertenencia a él; pero no me posee, o no debe poseerme, dominándome de una manera total (2).

«Rechaza el nacionalismo, que dificulta la comprensión y la convivencia: es una de las barreras más perniciosas de muchos momentos históricos. Y recházalo con más fuerza –porque sería más nocivo–, si se pretende llevar al Cuerpo de la Iglesia, que es donde más ha de resplandecer la unión de todo y de todos en el amor a Jesucristo»<sup>47</sup>.

El hombre no se subordina a la comunidad política, por ejemplo, sino en la medida en que está implicado su bien particular en el bien común. Pero ella le está subordinada, está al servicio de la persona. (Me viene a la memoria la famosa oda al *alma de Cataluña* de 1903, del gran poeta Maragall, que expresa muy bien esa idea).

(b) Los calificativos, a su vez, significan pertenencia a un orden de participación, propia –*alma femenina*– o metafórica –*alma atravesada*–, en algo o alguien de cuyas notas o cualidades participa (que puede expresarse también en genitivo, respecto a lo imparticipado del que ese orden depende –en sentido propio o metafórico– fundando la común posesión de esos caracteres). También aquí hay que repetir, como es obvio, que sólo respecto a Dios –o a las mediaciones necesarias para al-

que en agradarte». En un contexto sacrificial-eucarístico, alude a la necesidad *de hacerse niños* como condición para entrar en el Reino de Dios.

46. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Via Crucis*, Rialp, Madrid, XI Estación.

47. ÍD., *Forja*, cit., n. 879; cfr. también n. 869.

canzarlo–, designan dependencia o subordinación total respecto a lo participado (participación trascendental) (1). No así respecto a realidades creadas (participación categorial, sustancial o accidental), tanto en sentido propio (*alma femenina*) como metafórico (*alma atravesada*) (2).

De ahí la diferencia esencial entre expresiones relacionales [(a) y (b)] de este último tipo, tales como *alma de cántaro*, *alma de torero*, *alma escocesa* (2)... respecto a las que designan una relación de dependencia total a Dios, su Principio y Fin –que se expresa en actitudes subjetivas de total entrega y disponibilidad (oración, sacrificio y servicio) –*mediaciones subjetivas*–, o a sus necesarias *mediaciones objetivas* para alcanzarlo, que estudiaremos más adelante (Pedro, María, Jesús-Hostia) (1).

A estas últimas (1) pertenecen los sintagmas, *alma (hombre) de Dios* (recuérdese el conocido clásico castellano: «... el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios»). Y –siguiendo el orden que estableceremos enseguida– los referidos a mediaciones necesarias para alcanzarlo como fin en comunión salvífica con Él: *alma de Eucaristía*, *alma sacerdotal* –*alma (hombre) de criterio*–, *alma de oración y sacrificio*, *alma de apóstol*. (Cfr. los textos citados).

C. Otras acepciones del término *alma* recogidas en el *Diccionario*, son analogados secundarios, a los que se atribuye por su semejanza en algunos aspectos con la significación originaria del alma como analogado principal, en especial su dinamismo vivificante. Son dos: subjetiva y objetiva.

(a) La primera –subjetiva– alude a una cualidad anímica, como «vi-veza, espíritu, energía» –con que se hace algo.

En el brindis del 40 aniversario de la fundación del Opus Dei en Pozalbero: «¡Siempre fieles, siempre alegres, con alma y con calma!» (alusión quizá al lema de un escudo familiar ¡alma, calma!).

*Con alma*: de buena gana, con gusto. En nuestro contexto eucarístico, dejándose invadir por el Amor de Jesús-Hostia, que nos transforma en Él, dándonos un corazón semejante al suyo lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

*Con calma*: con la serenidad de quien, como hijo de Dios en Cristo, manso y humilde corazón, se abandona a la divina Voluntad, caminando *al paso de Dios* –sin precipitaciones, fruto de la inmadurez de quien se deja *atrapar* por los acontecimientos pasajeros, por no saber verlos a la luz de Dios, *sub speciae aeternitatis*– abandonados a su Providencia amorosa y salvífica<sup>48</sup>. A esa madurez aluden muchos textos. Por

48. Cfr. OCÁRIZ, F. y CELAYA, I., *Vivir como hijos de Dios: estudios sobre el Beato Josemaría Escrivá* (5.ª ed.), EUNSA, Pamplona 2000.

ejemplo, éste que transcribo a continuación: «Has de tener la medida, la fortaleza, el sentido de responsabilidad que adquieren muchos a la vuelta de los años, con la vejez. Alcanzarás todo esto, siendo joven, si no me pierdes el sentido sobrenatural de hijo de Dios: porque Él te dará, más que a los ancianos, esas condiciones convenientes para hacer tu labor de apóstol»<sup>49</sup>.

(b) La segunda –objetiva– es la acepción referida no a una cualidad anímica poseída, sino a un principio activo que *anima* a algo o a alguien como hace el alma con el cuerpo, o que dé aliento, fuerza, anima o inspira. Se dice, por ejemplo, en el lenguaje teológico, que la oración es el *alma* de todo apostolado. O que el amor obediente de la voluntad humana de Cristo Mediador a la voluntad salvífica del Padre hasta la muerte de cruz, por ejemplo, es el *alma* de la Redención; o que el Espíritu Santo es el *Alma del alma cristiana o de la Iglesia*. (Alma increada de la Iglesia –en la conocida terminología del Cardenal Journet– y de cada una de las almas que viven en su seno materno).

En ese sentido la vida eucarística del *alma de Eucaristía*, en tanto que por Ella vivificada –en la medida en que centra y orienta su vida en el misterio eucarístico con *alma sacerdotal*, haciendo de ella *alma de oración* (que debe ser continua, «como la respiración»)–, *sacrificio y servicio*); o la Sabiduría sobrenatural del *alma de criterio*: que pone su corazón en Dios por la oración, el sacrificio y la entrega incondicional a su Reino, dejándose poseer por Él, pueden, una y otra, ser llamadas Alma [C (b)] de su alma [A(a)]; pues la vivifican –como el latir del corazón al unísono de la plenitud desbordante de verdad y de vida del Corazón de Cristo–, por obra del Espíritu Santo (que se derrama –como fruto de la Cruz– del misterio Pascual, salvíficamente presente en la Eucaristía, de la que vive la Iglesia).

¿Cuál es la debida jerarquización en la secuencia de esas expresiones relacionales de *alma*, con genitivo o cualificativo, que hemos recogido aquí –siempre implicadas entre sí, en armoniosa convergencia– que aparecen de manera recurrente en la predicación del Fundador del Opus Dei?

*Alma de Eucaristía* sería la primera, sin duda, en esa jerarquía (en tanto que implica una intrínseca relación con el ministerio petrino y con la mediación maternal de María, que precisamos en otro lugar<sup>50</sup>, y que aquí sólo sugerimos). A ella –*alma de Eucaristía*– se subordinan todas las demás, en tanto que a ella disponen, y en ella se fundan *in radi-*

49. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, cit., n. 53.

50. Cfr. FERRER ARELLANO, J., *La triple dimensión eucarística, mariana y petrina de la Iglesia, sacramento y arca universal de salvación*, de inmediata publicación.

ce. Ante todo, *alma sacerdotal* (cualidad del sujeto activo inmediato del sacerdocio real, común o ministerial, que dispone a establecer la relación adecuada entre los dos términos de ese sintagma).

Esta última expresión, *alma sacerdotal*, a la que ya nos hemos referido –íntimamente relacionada con *alma de Eucaristía*–, la acuñó san Josemaría para expresar la disposición habitual del fiel cristiano de ejercer la propia participación –común o ministerial– en el Sacerdocio eterno de Cristo, convirtiendo todas sus actividades en oración, sacrificio y servicio de corredención –en íntima unión con el Sacrificio redentor de la Cruz sacramentalmente presente (renovado)– para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia, en el de la Santa Misa. Para la mayor parte de los cristianos esta cooperación será el ofrecimiento del trabajo –todas las tareas y las ocupaciones ordinarias más comunes en medio del mundo– que, informadas por la caridad que brota del Corazón eucarístico de Jesús-Hostia, son –en *unidad de vida, sin confusión ni separación* (es decir, realizadas con *mentalidad laical*)– verdadero sacrificio espiritual<sup>51</sup>.

Las otras expresiones, *alma contemplativa*, *alma de oración* (y sacrificio), *alma de criterio*, o *alma de apóstol*, son, obviamente, características esenciales del *alma sacerdotal* del cristiano, que hace de su vida entera –su trabajo profesional, su vida de familia, toda su actividad y todo su descanso– una oblación a Dios en íntima unión con Cristo Sacerdote que entrega su vida para la salvación del mundo, convirtiéndola así en oración, siendo «un contemplativo itinerante»; en sacrificio y en servicio salvífico corredentor. Todas ellas son expresión de la necesidad de libre cooperación subjetiva (*opus operantis*) para que se haga salvíficamente eficaz el don sacramental eucarístico, fuente (*centrum et radix*) de toda la gracia salvífica del Espíritu Santo, que se derrama, como fruto de la Cruz (*ex opere operato*) desde su presencialización sacramental en el Santo Sacrificio de la Misa.

De la conjunción de ambos movimientos, descendente –don del Esposo, Cristo, el nuevo Adán («*dilexit Ecclesiam et tradidit semetipsum pro Ea*»), que adquiere como Esposa purificada con la Sangre de la nueva Alianza en su Pasión y Muerte de Cruz. (Cfr. Ef 5, 25 ss)– y ascendente –don de la Esposa, que aporta la Iglesia corredentora, que nace del Costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la Mujer, nueva Eva, María Corredentora–, brota la salvación del mundo, por mediación de las *almas de Eucaristía*, en orgánica cooperación de sacerdotes y laicos con alma sacerdotal, hecha posible por el ministerio

51. Cfr. OTERO, M.M., «El alma sacerdotal del cristiano», cit., pp. 293-320.

petrino, principio de unidad en la fe y en la comunión («*quoties hoc sacramentum celebratur, opus nostrae redemptionis exercetur*»<sup>52</sup>).

### Conclusión

El estudio comparado de la armónica complementariedad de esas expresiones relacionales de *alma* –manifestación, entre tantas otras que aquí no estudiamos temáticamente, del carisma del don de lenguas–, nos ha ayudado a poner de relieve algunos aspectos nucleares de la espiritualidad de la santificación del trabajo –que es el tema de este simposio– en el contexto de la vida ordinaria del que fue *heraldo* enviado por Dios, san Josemaría.

La actuación del sacerdocio bautismal de los fieles laicos, no se limita al momento –ciertamente *centrum ac radix* de la vida cristiana– en el que el sacerdocio ministerial actúa *in persona Christi Capitis* en la celebración del misterio eucarístico, cuando unen a la ofrenda de la víctima inmolada el ofrecimiento de su propia vida. Tiene su pleno protagonismo después, en medio del mundo –en cuya trama está la existencia secular como entretrejida–: donde la Eucaristía derrama la gracia del Espíritu que todo lo renueva. Es ahí donde el *alma contemplativa* se sabe instrumento de Cristo en la tarea de santificar las situaciones de su estar en el mundo; el trabajo, el amor matrimonial, los valores humanos y sociales que encarna en cuanto hombre; la amistad humana, medio precioso (humano y divino) de apostolado. Contribuye así a la dilatación del reino de Dios –a la edificación de la Iglesia– poniendo a Cristo en la entraña del mundo, para que reine en él como Cabeza que todo lo recapitula, santificándolo desde dentro.

«Hemos de servir no sólo en el altar, sino en el mundo entero, que es altar para nosotros. Todas vuestras obras humanas se hacen como en un altar; y cada uno de vosotros, en esa unión de alma contemplativa que es vuestra jornada, dice de algún modo su Misa que dura las 24 horas del día, en espera de la siguiente, que durará otras 24 horas, y así hasta el fin de vuestra vida»<sup>53</sup>.

Ese altar es el lugar de trabajo, el hogar de familia, el amor matrimonial, los lugares de convivencia codo a codo con las demás personas. Toda actividad humana debe quedar orientada por la Misa. De ella procede toda la gracia del Espíritu Santo que renueva la faz de la tierra

52. MISAL ROMANO, Misa vespertina *In Cena Domini*. Oración sobre las ofrendas.

53. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Meditación, *San José, nuestro Padre y Señor*, 19-III-1968, citado en OTERO, M.M., «El alma sacerdotal del cristiano», cit., pp. 293-320.

–por la mediación maternal de María, la Inmaculada–, instaurando progresivamente el reino de Dios, a través de la actividad de los cristianos *almas de Eucaristía*. Todos están llamados a serlo –aunque tan pocos lo sean de verdad–, siendo mediadores en Cristo Jesús íntimamente unidos a Él en el Santo Sacrificio de la Misa. Configurados a Cristo Crucificado por obra de su Espíritu –como ostensorios vivientes–, alzan de nuevo la Cruz gloriosa, que todo lo atrae hacia Él (cfr. Jn 12, 32), en la cumbre –en la entraña– de todas las actividades humanas. (Recuérdese el *sello* que *vio* cuando celebraba la Santa Misa el 14 de febrero de 1943, que –como decíamos– sintetiza, en un símbolo de gran virtualidad expresiva, el núcleo esencial de la fisonomía espiritual del Opus Dei).

Cuando el cristiano recibe la unción del sacerdocio real en los sacramentos consecratorios –(incluida la unción de enfermos y el matrimonio) «*el lecho conyugal es un altar*», repetía–, todo su ser se convierte en materia apta para ser ofrecida en sacrificio grato a Dios: «... ahora querría que sacáramos las consecuencias que yo procuro sacar personalmente siempre que consagro un altar –decía el 24 de mayo de 1975 en el Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad–. Nosotros también somos altares dedicados a Dios. *El Señor tiene que venir a aposentarse* –lo ha dicho Jesús, no yo: *regnum meum intra vos est*, mi Reino está dentro de vosotros– a *habitar dentro de nuestra alma: en nuestro trabajo, en nuestros afectos, en nuestras alegrías, en nuestras penas*, que no son tan grandes, son pequeñas (...). *Sentirse altar de Dios, cosa de Dios, lugar donde Dios hace su sacrificio*, el sacrificio eterno según el orden de Melquisedec»<sup>54</sup>.

«*Ubi cumque fuerit corpus, illuc congregabuntur et aquilae*». Estas palabras evangélicas del llamado *Apocalipsis sinóptico* (Mt 24, 28) que tantas veces le oí comentar –entendidas en sentido nuevo por el fundador del Opus Dei–, aludían a esta misma idea: ahí donde *el cuerpo* de la sociedad se corrompe como un cadáver en descomposición, ahí acuden los hijos de Dios (*las águilas*) –que ponen en el «Cuerpo eucarístico» del Señor presente en el Pan de vida «el centro de sus pensamientos y esperanzas»<sup>55</sup>– para vivificarlo. Son las *almas de Eucaristía* –por ella transformadas en Cristo–, que contribuyen a transformar el *cuerpo social* moribundo, en su *Cuerpo Místico*, pletórico de vida («*unum Corpus multi sumus omnes* –la Iglesia– *qui de uno pane* –la Eucaristía Pan de vida– *participamus*». Cfr 1 Cor 10, 7). Cooperan así –siendo *almas contemplativas*– a la progresiva formación del Cristo total, hasta la plenitud

54. Citado en OTERO, M.M., «El alma sacerdotal del cristiano», cit., p. 299.

55. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, cit., n. 835.

escatológica de su Reino en un universo *transfigurado* (prefigurado –y causado– por la *transubstanciación* eucarística)<sup>56</sup> –en virtud de la presencia salvífica del Señor en la Hostia Santa» («garantía, raíz y consumación de su presencia en el mundo»)<sup>57</sup>– en el que «Dios sea todo en todos», cuando –completado el número de los elegidos– sea al fin entregado por Cristo, su Cabeza, al Padre. (Cfr. 1 Cor 15, 25-28).

56. Cfr. FERRER ARELLANO, J., «Almas de Eucaristía. Reflexiones teológicas en torno a esa expresión del fundador del Opus Dei», en ILLANES, J.L. (y otros), *El cristianismo en el mundo: En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (1902-2002)*, Actas del XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2003.

57. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 102.